



JJ BENÍTEZ

**DIOS  
ES  
AZUL**

101 CASOS  
DE EXPERIENCIAS  
CERCANAS  
A LA MUERTE

Luciérnaga

JJ BENÍTEZ

DIOS  
ES  
AZUL

LA MUERTE SOLO ES  
ABRIR UNA PUERTA



Ediciones  
Luciérnaga

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.  
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del texto: Juan José Benítez López, 2025.

© de las fotos e ilustraciones de interior: Mintaha Neslihan Eroglu/Anadolu Agency/Getty Images / Deborah Feingold/Corbis / Getty Images / Pilar Aymerich / Album ETIENNE LAURENT/EFE / Lumeimages / imageBROKER / Album / Alamy / Album / Science Source / Album / NYPL / Science Source / Album / akg-images / Album / Universal History Archive/Universal Images Group / Album / Alamy / Album / Artelan / Album

© de la imagen de cubierta: Shutterstock / Towhidul tohu

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: marzo de 2026

© Edicions 62, S.A., 2025

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 979-13-87667-46-7

Depósito legal: B. 510-2026

Impresor: Estella

Impreso en España – *Printed in Spain*



## MIL TESTIGOS

---

**I**nicié las investigaciones sobre el «más allá» en 1968, en Zaragoza (España), aparentemente por casualidad. Yo era reportero en *El Heraldo de Aragón*. En estos sesenta años he interrogado a más de mil personas.

Mil testigos que han visto, hablado y tocado a familiares y amigos muertos.

Mil personas que han experimentado las llamadas «experiencias cercanas a la muerte» (ECM).

Mil testigos que solicitaron señales y se cumplieron.

No voy a ocultarlo: entiendo que la muerte solo es apagar la luz. Después llega la vida (la verdadera vida).

Tras el dulce sueño de la muerte recibimos un nuevo cuerpo físico.

Tras la muerte iniciamos un largo peregrinaje por el no tiempo.

Tras la muerte no volvemos a morir. Es la ley.

Tras el dulce sueño de la muerte seguimos vivos (en otra dimensión).

Tras la muerte, la felicidad es total y permanente.

No tengo todas las respuestas. Solo indicios.

Tras la publicación de *Estoy bien* (2014) he recibido cientos de cartas y correos electrónicos, informándome sobre numerosos casos de «resucitados». La esperanza ha sido sembrada.

J. J. BENÍTEZ



**E**n febrero del año 2001 recibí la siguiente carta, fechada en Castellón (España):

Querido y respetado J. J. Benítez:

Tengo la sensación de estar escribiendo la carta más importante de mi vida.

Perdona que una humilde lectora se dirija a ti sin más. Leí tu libro *Al fin libre* en junio de 2000, cuando mi querido y único hijo, Víctor, estaba a la espera de someterse a un trasplante de médula ósea. En aquellas fechas teníamos esperanzas de que, por fin, se curaría y, aunque con secuelas, podría continuar dándonos tantas alegrías y tanto amor como así había sucedido desde que nació, hace ahora cinco años y cuatro meses.

No fue así, y el 13 de enero de este año falleció tras permanecer veinte días en la UCI, completamente sedado, con respiración asistida.

El inmenso amor que le profesamos nos lo devolvió multiplicado por cien.

Un día, estando los dos en casa, me preguntó: «Mamá, ¿tú cuándo te vas a morir?». A lo que respondí que eso nadie podía saberlo. Y él me contestó: «Mira, si tú te mueres antes que yo, ¡tú tranquila! Yo te daré mi manita para que no tengas miedo. Y si yo me muero antes que tú, me das tu mano y así no tendré miedo».

Le prometí que así sería. Y así fue. Pero me atormenta la idea de que al estar tan, tan sedado, no supiera que estábamos allí con





él. Ni siquiera sé si su nivel de conciencia le permitía oír todo lo que le decíamos: «Que no tuviera miedo, que había sido un niño maravilloso, que le amábamos más que a nada en este mundo»...

Desde que murió, busco una «señal» que me indique que él está en algún lugar..., que no ha muerto del todo, igual que te sucedió a ti con tu querido padre. Y este es realmente el motivo de esta carta. J. J. Benítez, ¿puedo confiar en que lo que cuentas en tu libro es realmente cierto? Sé que estoy pidiendo cosas imposibles, pero, ¡Dios mío!, daría mi vida por saber si después de morir hay algo más, no solo la NADA más absoluta. ¿Sabrá mi niño que su mamá y su papá no pudieron hacer más?

Él confiaba tanto en nosotros que no puedo quitarme de encima la sensación de haberle fallado, a pesar de que sé que es una idea descabellada e irracional... Pero el corazón no piensa y es lo que siento en lo más profundo de mí. ¡No pude evitar que muriera!

La muerte de un hijo te sacude tan profundamente que necesitas imperiosamente asirte a algo, y de momento solo puedo encontrar algo de paz en lecturas como tu libro.

Te ruego que me contestes a esta pregunta: ¿Tiene algún sentido que me aferre a la idea de que hay vida después de la muerte? Por favor, si tu respuesta es positiva házmelo saber.

De ello depende gran parte de mi paz y equilibrio personal.

Muchas gracias.

SAURA



Respondí de inmediato. Y le dije que sí: ¡HAY VIDA TRAS LA MUERTE! ¡Estoy seguro al ciento cincuenta por cien!

Y entiendo que los lamentos de Saura resumen el sentir de miles de personas. Fueron sus dudas y su infinita tristeza las que me impulsaron a escribir *Dios es azul*.

Espero y deseo que estos testimonios sean la mejor de las respuestas.



## QUINO

---

**E** iniciaré estas nuevas investigaciones sobre el «más allá» con un capítulo fascinante que anuncia lo que nos espera al «otro lado». Me refiero a las llamadas «experiencias cercanas a la muerte» (ECM). Son miles las personas que las han vivido. He seleccionado 101 casos.

Se entiende por «experiencia cercana a la muerte» las vivencias experimentadas por las personas que han estado clínicamente muertas. Es decir, con un pie aquí y otro en el «más allá». Lo que Elíseo, en *Caballo de Troya*, denomina «Mundos MAT». Según la Medicina, «muerte clínica» es el estado en el que el paciente presenta un paro cardíaco, con un electrocardiograma plano (con línea isoeléctrica), que señala la ausencia de latido. Se producen igualmente un paro respiratorio, una falta de actividad mental (con un electroencefalograma plano) y una arreflexia (falta de reflejos tendinosos).

La muerte clínica se registra por diferentes causas: por traumatismos, intentos de suicidio, complicaciones en operaciones quirúrgicas y accidentes cerebrales (entre otros motivos).

Al «regresar» al cuerpo, al superar la muerte clínica, el testigo —en ocasiones— cuenta algo especialmente atractivo. Este fue el caso de Quino Sánchez Sota, un brillante aparejador de Pamplona (Navarra. España). Lo conozco desde hace años. Nunca se distinguió por su religiosidad. Eso sí: ama a su prójimo sin condiciones y lo demuestra cada día.





Sucedió el 24 de junio del año 2001:

—Me encontraba en mi casa, en Badostain —explicó Quino—. Eran las once de la noche. Recuerdo que estaba viendo *La espada mágica*. Y decidí marcharme a la cama. Me dolía la garganta y tomé un Clamoxyl. Pero, al poco, me levanté. Me picaba todo el cuerpo. Y recuerdo que perdí el conocimiento...

En esos momentos, Miren, una de las hijas de Quino, escuchó la voz de su padre.

—Subí, alarmada —contó la muchacha—, y lo vi caído en las escaleras. Le ayudé a regresar a la cama, lo vestí y llamé a una ambulancia. Tenía la cara blanca. Le costaba respirar. Tuve que darle un par de bofetadas. Llegó la ambulancia. Le inyectaron adrenalina y pensaron en una reacción alérgica a algún medicamento. En esos instantes sufrió una parada cardiorrespiratoria.

Y prosiguió Quino:

—Entonces me vi en una especie de túnel... Pero no tenía límites.

—No comprendo. Tú eres aparejador. ¿Tenía paredes?

—A eso me refiero. Carecía de paredes. El túnel, o lo que fuera, aparecía lleno de luz. Yo me deslizaba horizontalmente.

—¿Cómo ibas vestido?

—Con una especie de camisón. La sensación de paz era increíble. ¡Maravillosa!

—¿Qué anchura presentaba el túnel?

—Unos ocho metros.

—¿Cómo eran las paredes?

—Parecían niebla. Era como algodón.

—¿Se movían?

—No.

—¿Qué fue lo que más te impactó?

—En realidad, todo. Como te digo, yo volaba de forma horizontal, con el brazo izquierdo por delante. Me balanceaba y me veía sonreír. La paz era total.

—¿Volabas por el centro del túnel?

—En efecto.





- ¿Podrías medir el tiempo que permaneciste en el túnel?  
—Es difícil, pero calculo alrededor de dos minutos.  
—¿Y qué pasó?  
—Fue como si alguien apagara la luz. Y me vi de nuevo en la ambulancia.  
—¿Qué crees que sucedió?  
—Entiendo que fue mi alma la que viajó por ese túnel.  
—¿Con qué fin?  
—No estoy seguro, pero con destino al «más allá».



Quino tenía cincuenta años. Me contó su ECM en varias ocasiones. Jamás entró en contradicción.

Me impresionó la precisión del aparejador a la hora de describir el túnel (o lo que fuera).



Quino, relatando su «experiencia cercana a la muerte».

(Foto: Inma Domínguez)





Aquel 4 de marzo del año 2023, cuando almorzábamos en la casa de Quino, en Badostain (Navarra, España), sucedió algo que me resisto a olvidar. Algo sorprendente y maravilloso...

Hablábamos del Padre Azul y de su gran regalo: el alma. Les expliqué lo poco que sabía: cuando el niño o la niña tienen cinco o seis años, y toman su primera decisión moral, el buen Dios (el Padre Azul) se fracciona y viaja desde el Paraíso, acomodándose en la mente del ser humano. En esos momentos, cuando dibujaba el fascinante y misterioso proceso, el reloj de pared del salón de la casa de Quino empezó a sonar. Y dio seis campanadas. Quino e Isaura, su pareja, quedaron desconcertados.

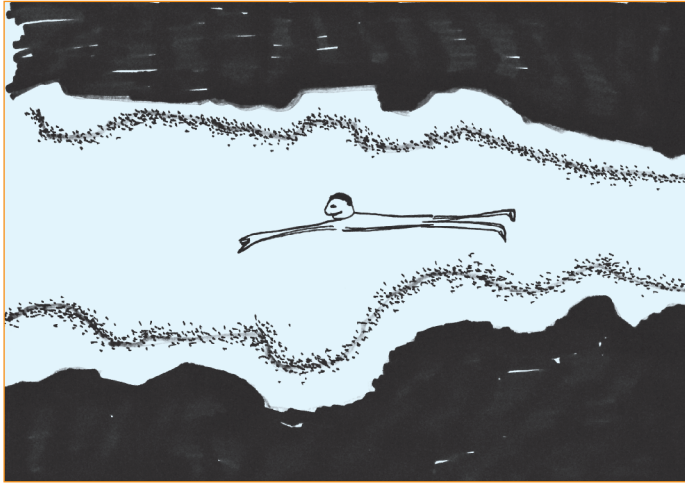
—Ese reloj —explicó el aparejador— está descompuesto desde hace años...

Me limité a sonreír. Y me dije: otra señal del Número Uno. Y continué con los dibujos y las explicaciones: cuando la «chispa divina» se instala en el cerebro del niño, el buen Dios llega con un regalo: el alma (el Yo), una copa que debemos llenar con nuestras experiencias (buenas, malas y regulares). E insistí: el alma no aparece en el momento de la concepción. Llega mucho después. Repito: a los cinco o seis años. Y Quino comentó:

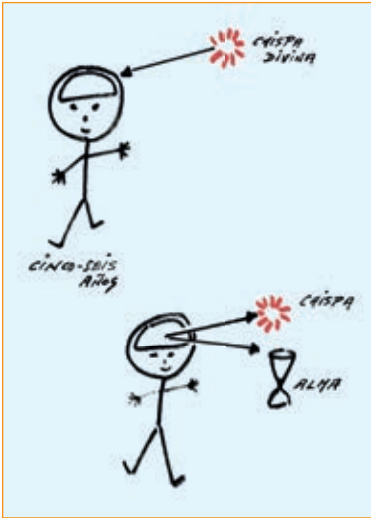
—Ahora lo entiendo... Dios es más listo que nosotros.

«Experimenté una paz como nunca he vivido», manifestó Quino.  
(Foto: Inma Domínguez.)





Quino navegó en un «túnel» con «paredes» de niebla.  
(Cuaderno de campo de J. J. Benítez.)



En el momento en que Juanjo Benítez dibujaba la llegada de la «chispa divina» y el alma al cerebro del niño, el reloj de pared de la casa de Quino empezó a funcionar. Llevaba años parado.  
(Cuaderno de campo de J. J. Benítez.)



Reloj de pared. Tras varios años descompuesto empezó a funcionar cuando Juanjo mencionó al Padre Azul.  
(Foto: Inma Domínguez.)



## LINO

---

Ocurrió en Roma, el 15 de junio de 2022. Lino Rozas, ginecólogo, me contó su «experiencia cercana a la muerte». Quedé sorprendido. Lino es un hombre serio, poco dado a fantasías.

Me encontraba en Galicia —explicó—. Sucedió en La Coruña el 23 de diciembre del año 2014... Sufrí un infarto y, de pronto, me vi en el interior de un túnel... Parecía un tubo enorme... Yo flotaba horizontalmente... No iba muy rápido... Al fondo se distinguía una luz blanca, intensa... Aquel tubo, o lo que fuera, podía tener unos ochenta o cien metros de longitud... Todo a mi alrededor era silencio... Sentí una gran paz, como jamás he experimentado... No vi a nadie... Y nadie me habló... Y, sin saber por qué, di la vuelta y regresé... Entonces empecé a escuchar unas voces... Eran los médicos que me atendían... Trataban de reanimarme... Me encontraba en el hospital Centro Universitario...



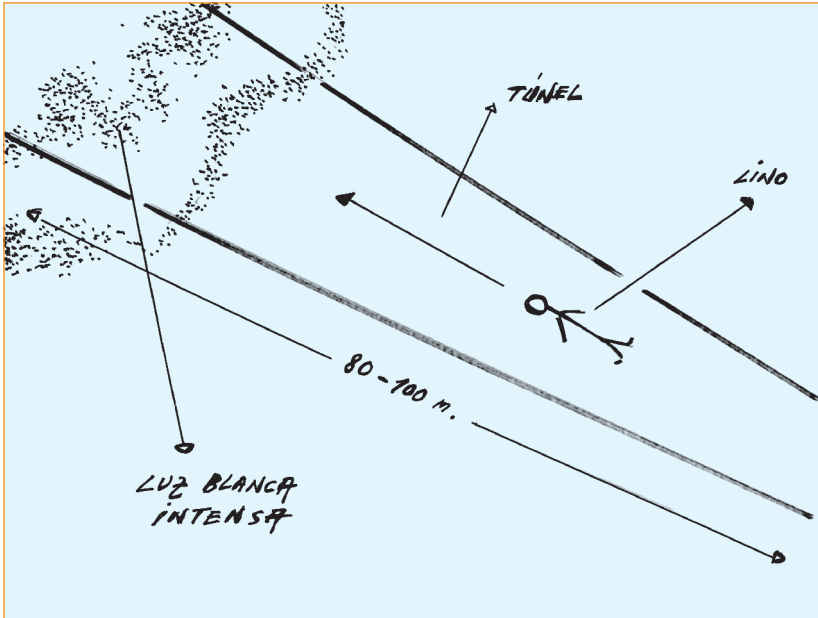
Hablamos y hablamos durante horas. Lino repitió la misma historia, sin desviarse un solo milímetro. Aseguró que «viajaba como en una nube». No vio su cuerpo y la sensación de paz fue total, «como jamás he sentido».

Por supuesto, Quino y Lino no se conocen y, sin embargo, las descripciones del túnel por el que flotaron son parecidas. Esto quiere decir que no mienten ni inventan.





Lino Rozas, ginecólogo. (Foto: J. J. Benítez.)



Túnel en el que flotó Lino, el ginecólogo gallego.  
(Cuaderno de campo de J. J. Benítez.)



## MALENI

---

**E**l caso protagonizado por Maleni Franconeti me dejó igualmente impresionado. Nos recibió en su casa, en Arahál (Sevilla. España).

—Era verano —inició su explicación—. Año 1980... Serían las siete de la tarde... Sufrí una crisis asmática y mi esposo me trasladó al centro de salud de Arahál... Ya en el centro de salud sufrí un desmayo y empecé a ver a los médicos y a las enfermeras... Yo estaba fuera de mi cuerpo... Vi cómo cortaban el vestido y cómo me entubaban... Trataban de reanimarme... Entonces fui a sentarme en un banco de la sala... Y vi a mi marido y a mi hija, fuera, llorando... Pero yo estaba feliz... No entendía por qué lloraban... Yo no quería volver a mi cuerpo... Repito: me encontraba feliz, como nunca... Y vi cómo me metían en una ambulancia para trasladarme al hospital Valme, en Sevilla... Me quitaron los pendientes y se los dieron a mi hija... Tardaron tres horas en llegar al Valme... Cada poco paraban y me reanimaban... «¡Se nos va!», decían... Yo entraba y salía de mi cuerpo... Y vi la autovía, y los coches, y el olivar... Estaba oscureciendo... Y en eso vi a mi abuelo, Cristóbal Mejía... ¿Cómo era posible?... Cristóbal murió cuando yo tenía trece años... Entonces caminé hacia mí... Vestía un pantalón de pinza y una camisa clara... Detrás del abuelo vi una gran luz... Nos abrazamos... Era un cuerpo físico... Detrás de aquella luz se oía ruido, como de gente, y el sonido del agua, como si fuera una cascada... Me dio la mano y caminamos, rápido, hacia la luz... Y mi abuelo dijo: «No es el momento. Tienes





que volver»... Pero yo me negaba: «No quiero regresar»... Y al llegar a la gran luz escuché una voz que decía: «No es el momento»... Era la voz de un hombre... Entonces desperté... Me encontraba en el hospital... Y lloré amargamente... Yo no quería volver... Allí era feliz... Allí sentía amor... Amor por todas partes... Era una sensación muy superior al amor humano... No sé cómo describirlo.

Esa felicidad permanente, experimentada por Maleni durante la parada cardíaca que provocó la crisis asmática, le llevó en 2022 a un intento de suicidio. No tuvo reparo en contarlo:

—Fui tan feliz durante aquella experiencia que solo deseaba volver.

—¿Podrías describir esa felicidad?

—No. No hay palabras. Te llena desde el primer instante. Es inmensa. Y la paz interior ocupa toda tu mente. Ahora entiendo la vida. Es una experiencia, una aventura... Pero estoy deseando regresar.



Se puede decir más alto pero no tan claro.



Maleni.  
(Gentileza de la familia.)



Cristóbal Mejía, abuelo de Maleni.  
(Gentileza de la familia.)



## DAMIÁN

---

**E**n enero de 2009 tuve el placer de conocer a Damián, un español residente en la República Dominicana. Era propietario del Pulpo cojo, uno de los mejores restaurantes de Punta Cana. Fue allí donde me contó su «experiencia cercana a la muerte»:

—Ocurrió hace mucho —manifestó—. Yo era joven. Vivía en Mallorca. Me gustaba el buceo y un día tuve un problema. Perdí el conocimiento y, de pronto, me vi en el interior de un túnel.

—Descríbelo...

—Era estrecho y larguísimo. Al fondo se distinguía una luz muy potente. Yo volaba en el interior. Entonces los vi... Al fondo del túnel aparecieron un centurión romano y un indio piel roja a caballo.

No supe qué pensar ni qué decir. Y Damián insistió:

—Te lo juro... Era un centurión romano, con sus armas y escudo rectangular. Se tocaba con un casco brillante y unas plumas rojas muy altas.



Le creí. Damián era un hombre con los pies en el suelo. Ni en mil años hubiera podido inventar algo así. Y me pregunté: «¿En las “experiencias cercanas a la muerte” se puede “viajar” al pasado?».





Damián, a la derecha, con Juanjo Benítez. (Foto: Archivo del autor.)

